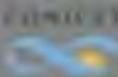


The poster features a dark grey top section with the UNR logo and name on the left, and the CEI logo on the right. The main title is centered in white text. Below the title, there is a photograph of a group of people gathered around a table, engaged in a discussion or mapping activity. The bottom section of the poster is orange and contains the event dates, a list of topics, and contact information.

 **UNR** Universidad Nacional de Rosario 

El mapeo participativo y los derechos territoriales de los pueblos indígenas

Foro Internacional

22, 23 y 24
de noviembre
2012

historias emergentes
tensiones espaciales
movilizaciones sociales

Informes e inscripción:
Centro de Estudios Interdisciplinarios (CEI), Maipú 1065, Rosario.
Oficina 311 - Teléfono: +54 (341) 4802781
Correo electrónico: cei-comunicacion@unr.edu.ar

**LUCHA INDÍGENA EN EL CAUCA
Y MAPAS PARLANTES**
Luis Guillermo Vasco Uribe: Ponencia

SITUACIÓN Y LUCHAS INDÍGENAS EN EL CAUCA

Las nacionalidades indígenas del suroccidente de Colombia no han dejado de luchar contra los intentos de someterlos, primero por los conquistadores españoles, luego por las clases dominantes durante la colonia y la república. En el último siglo, hay que destacar principalmente: la lucha contra el terraje, que encabezó Manuel Quintín Lame entre 1915 y 1925, lucha continuada por los terrajeros desde 1935 y retomada con más fuerza, en los años 60, por guambianos y paeces; la época de los años 30 y 40, con las Ligas Campesinas, creadas con participación del Partido Comunista; y la lucha encabezada por el Sindicato de Agricultores del Oriente Caucaño.

No se ha tratado de luchas aisladas, pues en numerosas ocasiones y de diversas maneras han recibido el respaldo solidario y amplio de sectores de la sociedad colombiana.

Aun así, a mediados del siglo pasado, en los departamentos del Cauca y Nariño, los pobladores indígenas, en su gran parte, se encontraban sometidos todavía a la institución colonial del terraje, que los convertía en verdaderos siervos feudales en pleno siglo XX. Luego de despojarlos ilegalmente de las mejores tierras de sus resguardos, los terratenientes los mantuvieron dentro de sus haciendas, pues de otra manera no hubieran contado con la mano de obra necesaria para trabajarlas. Para ello, dieron a cada familia un pequeño pedazo de tierra para que hiciera su rancho y sembrara algunos cultivos de pancoger, a cambio de lo cual debía pagar un “arriendo” consistente en trabajar gratuitamente para la hacienda durante un determinado número de días a la semana. También las mujeres debían trabajar sin pago en las labores de la casa de la hacienda, en especial como cocineras, cuando los hacendados se encontraban en ella. Los menores también pagaban terraje, pero un día de trabajo suyo valía solamente por medio día de un adulto.

No se trataba solamente de las relaciones de producción del terraje, sino que los terrajeros estaban totalmente sometidos a la autoridad política del terrateniente y sus mayordomos, quienes los obligaban a votar por los candidatos del hacendado, cuando no por este mismo; y a la autoridad de la iglesia católica, que jugaba un papel de gran peso en su sojuzgamiento.

Ideológicamente esta situación estaba sustentada en las firmes convicciones de dirigentes políticos de la época sobre la innata inferioridad de indios y negros que poblaban el país y la de sus respectivos cruces o mestizajes y que, incluso, llegaron a proponer la venida de contingentes arios desde Europa, para “mejorar la raza”, como lo plantearon, por ejemplo, el conservador Laureano Gómez y el liberal Luis López de Mesa.

Decididos a no soportar más esta situación, en febrero de 1971, en Toribío, Cabildos del norte y oriente del Cauca, el Sindicato de Agricultores del Oriente Caucaño, ligado a FANAL, el Comité de Recuperación de Tierras de Silvia y la Federación Social Agraria de Corinto, se reunieron para crear el Consejo Regional Indígena del Cauca – CRIC, organización novedosa que aglutinaba a las autoridades indígenas de cada región. En septiembre del mismo año, se realizó en La Susana, Tacueyó, el Segundo Congreso, al que llegaron 2.000 indígenas; además, delegaciones del sur y del centro del Cauca y de asociaciones de usuarios campesinos de Silvia, el Comité de Agricultores Indígenas de Puracé y una delegación de parcialidades del Tolima. Allí se definieron los puntos del programa y se retomaron enseñanzas de líderes como La Gaitana, Juan Tama y Manuel Quintín Lame.

LOS SOLIDARIOS CON LAS LUCHAS INDÍGENAS

Alrededor de las actividades del CRIC se fue nucleando la acción solidaria de sectores de la sociedad colombiana, como obreros, campesinos, intelectuales, estudiantes, pobladores barriales, organizaciones de mujeres, etc., algunos de los cuales conformaron Comités de Solidaridad con las Luchas Indígenas, incluyendo las de Nariño pues, entretanto, también se habían levantado en lucha los indígenas de los resguardos de este departamento. Se hablaba de una solidaridad de “doble vía”, que implicaba no sólo el respaldo de los colombianos a los indios, sino también de estos a las luchas de los sectores populares de la sociedad colombiana, pues se consideraba que ambos tipos de luchas estaban enlazadas en el seno del pueblo y se reforzaban mutuamente. Con el crecimiento de las luchas indígenas, estos grupos solidarios se fueron coordinando entre sí y desempeñando tareas a escala nacional, como fue el apoyo político y logístico a la Marcha de Gobernadores Indígenas del Suroccidente, que recorrió ocho departamentos del país, desde el Putumayo hasta Bogotá.

Entre esos sectores solidarios se hace necesario mencionar varios intelectuales críticos del papel que desempeñaban las ciencias sociales en

nuestro país, decididamente al lado de los poderosos; de este grupo, que se planteó actuar directamente con las comunidades, hacía parte Víctor Daniel Bonilla, quien había trabajado con los indígenas de Valle de Sibundoy y la Sierra Nevada de Santa Marta, y amplió su trabajo a los resguardos del norte del Cauca, quien se constituyó, por su experiencia y relaciones, en el eje alrededor del cual giraba el movimiento de solidaridad.

Así, pues, en un momento de la lucha de clases en el país, intelectuales y jóvenes estudiantes de las universidades vieron confrontados sus propias prácticas y discursos y, en este proceso, generaron lazos de la academia con la lucha popular. Otro tanto ocurrió con otros sectores de la población, como obreros y campesinos y sus organizaciones.

Precisamente, el origen de los mapas parlantes está en el mandato que los mayores del resguardo de Jambaló dieron al solidario Víctor Daniel Bonilla para hacer una cartilla que permitiera a los jóvenes entender la violencia que sufrían en ese momento. En criterio de aquellos mayores, esa violencia era la misma de la conquista, prolongada a través de la colonia y de toda la república; es decir, en conclusión, que la conquista no había terminado todavía.



El solidario Víctor Daniel Bonilla:
Creador de los mapas parlantes

La creación de esta forma de trabajo acompañante constituyó un momento clave en los procesos de recuperación histórica entre los indígenas del Cauca, en especial entre los paeces, aunque posteriormente fueron retomados por los guambianos. Bonilla y Findji (1986: 15, 20) explicitan los fundamentos sobre los cuales se crearon y operan estos mapas:

“Lo histórico del pasado se asume como lo vivo del pasado aún actuante. Así, su estado actual de miseria, discriminación o dominación es la Conquista o la Colonia, vivas todavía hoy; es “la misma violencia”, como dicen [...] No es que se parezca, sino que es la misma que llega a nuestros días [...] Este método nos ha llevado más allá de una concepción de la recuperación histórica como simple hagiografía: historia de santos y de mártires, de héroes puestos como “ejemplos” a las masas para movilizarlas. Los Mapas Parlantes permiten ubicar a los actores indígenas en el mismo movimiento social del cual son partícipes.

Al indígena de hoy no le interesa reconstituir en sí el período colonial (que, por lo demás, no distingue del republicano), sino reconocer en su propia situación condiciones coloniales sobre las cuales busca actuar hoy y por lo tanto necesita analizar mejor”.

Esta investigación confrontó resultados de la consulta en archivos coloniales con historias propias de los mayores y con informaciones de la época (segunda mitad del siglo XX). En las sociedades indígenas del Cauca la tradición oral, aquella que va de boca en boca de generación en generación, implica una constante confrontación de la memoria en función del presente y de los problemas actuales, y no es una simple repetición mecánica de palabras siempre iguales, “sagradas”, sino que va incorporando las cosas de hoy, muchas de ellas venidas de la dominación y la imposición. Lo que se cuenta, la forma y el lugar para hacerlo están determinados por una regla muy clara y simple: *para quién* y *para qué* se cuenta, cuál es el papel que la narración debe cumplir en un momento dado y en unas condiciones específicas.

El resultado inicial fue una cartilla escrita en castellano y titulada “*Historia Política de los Paeces*”. En el momento de su aparición, para no hablar de su contenido, el mero título fue como una bomba que estremeció los medios intelectuales relacionados con el movimiento indígena y a los historiadores de la academia, pero también a los dirigentes del Consejo Regional Indígena

del Cauca (CRIC). En ese entonces no se aceptaba que los indios tuvieran una historia propia; si acaso, una “historia fría”, como repetían algunos antropólogos. Y mucho menos que tuvieran una política, ni que la hubieran tenido en el pasado. Incluso, durante un buen tiempo, los dirigentes del CRIC y sus colaboradores afirmaron que el movimiento indígena era de carácter gremial y por lo tanto sus reivindicaciones eran también gremiales.

De ahí que hablar de historia política para referirse a las sociedades indias era poco menos que una blasfemia, tanto que, por haberla presentado en el IV Congreso del CRIC, realizado en Coconuco en 1978, su autor fue retirado de tal Congreso, pese a las protestas de un buen número de los participantes indígenas, en especial de los paeces de Jambaló y de los guambianos.

Esto hizo claro que el movimiento del proceso de conocimiento indígena, al contrario de como ocurre mayoritariamente entre nosotros, en especial en los medios académicos donde reina poderosa la división social entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, entre la contemplación del objeto y su transformación, “no sólo tiene una dimensión mental (es un pensamiento), sino la de un actuar social” (Bonilla y Findji, 1986: 15).

La cartilla se imprimió en un buen número de ejemplares, el número 4 de una serie de documentos vinculados con la lucha; y se entregó a los mayores paeces de Jambaló que la habían solicitado para su trabajo:



Uno de los principios básicos de la pedagogía de los mapas es el reconocimiento. De ahí que en “el país paez”, las diversas poblaciones se mostraron de acuerdo con la conformación de la plaza principal de cada una, la cual, en muchos casos, se había conservado con pocos cambios desde la colonia, lo cual facilitaba a aquellos que trabajaban con él el proceso de ubicarse en el mapa.



Estos mapas jugaron un papel importante en el proceso tendiente a que los miembros de las comunidades alcanzaran o reforzaran su conciencia del territorio indígena, paez en este caso. Recordemos que la lucha principal del movimiento indígena en el Cauca era por la recuperación de la tierra, aunque siempre se refería a las tierras de los resguardos que les habían sido arrebatadas. Además, la relación de los solidarios no indígenas con los comuneros había mostrado que un gran número de estos consideraba como territorio simplemente su chagra, el pequeño globo de tierra en donde estaban su casa y sus cultivos; unos cuantos iban más allá y consideraban como tal la vereda en donde vivían; solamente unos pocos dirigentes lo concebían como el global del resguardo.

Igualmente, los dos mapas constituían novedades importantes para las concepciones que se tenían sobre los indígenas en esa época. En primer lugar, porque las luchas de los aborígenes contra los conquistadores españoles siempre habían sido calificadas como luchas de resistencia, por lo cual el concepto de guerras de liberación tenía una implicación clave pues mostraba, objetivos, estrategias e iniciativas indígenas y no únicamente respuestas suyas a la acción de los españoles.

Semejante resonancia política tenía la caracterización de las tierras de los paeces comprendidas en el título de los cinco cacicazgos principales como “el país de los paeces”, en relación con el país colonial. Por primera vez se iba más allá de las tierras de resguardo, abarcando unidades políticas mucho más amplias, los cinco pueblos, y también la visión de los paeces como una sociedad global en ese territorio, mucho más allá de la existencia de las comunidades, a veces dispersas o, al menos, la mayor parte de ellas desconectadas entre sí.

Poco más de un año después, los mayores de Jambaló regresaron donde Víctor Daniel para solicitar nuevos ejemplares de los dos mapas, pidiendo que fueran más grandes y estuvieran protegidos contra la humedad y el polvo, pues, según contaron, era lo único que habían utilizado de la cartilla, pues el resto consistía en el texto escrito en castellano y la enorme mayoría de los paeces era analfabeta, por lo cual no tenían acceso a él. Con esos mapas, los dirigentes habían motivado y fortalecido la conciencia de su gente acerca de su capacidad de lucha y acerca de su propiedad sobre las tierras que estaban recuperando y, a la vez, habían encontrado y planteado acciones tendientes a su solución; por último, los habían empleado para probar dicha propiedad ante las autoridades que acudían a desalojarlos, como jueces y policías, que en ocasiones optaban por retirarse ante la simple vista de los mapas.

LOS MAPAS PARLANTES Y LUCHAS INDÍGENAS

De ahí surgió la idea de convertir toda la historia contenida en la cartilla en dibujos territorializados, es decir en mapas que contarán la historia de los paeces de un modo que fuera accesible al grueso de las comunidades, pese a su analfabetismo, y que estuviera más de acuerdo con su manera de pensar y conocer.

El proceso se realizó mediante un estrecho, continuo y prolongado intercambio entre paeces y solidarios, para ir avanzando en el conocimiento y la comprensión de la historia páez como historia política, lo que permitía entender también como políticas las luchas que por entonces se desarrollaban en el Cauca y Nariño y que algunos caracterizaban como gremiales. Algún tiempo después, se publicó una nueva edición de la cartilla, cuya carátula mostraba ahora la autoridad de los paeces, consistente en un mayor de experiencia, como correspondía, que empuña con firmeza su bastón, su vara de mando; figura que bien podía coincidir con la del cacique Juan Tama:



En ella, se incluyeron versiones nuevas de los mapas en las que se recogieron las experiencias y enseñanzas de las discusiones que se adelantaron entre solidarios y paeces respecto de la primera edición de la cartilla y de su utilización por parte de los dirigentes en su trabajo con los comuneros y frente a las autoridades. “Las guerras de liberación” no era muy diferente de aquella de la primera edición, aunque aparecían nuevos lugares y nuevas acciones de lucha.



Más adelante, se agregó a este mapa el sol de los paezes, elemento de importancia capital en su cosmovisión, que los mayores reclamaron con insistencia y brilla esplendoroso al lado oriental del nevado del Huila (*Wendy*):



En este nivel del proceso no se trata solo de la historia colectiva transmitida y hablada por la palabra mayor; también la historia que se conserva en la memoria individual tiene sus momentos de participación e interactúa y se confronta con la otra para entender las situaciones del presente que se busca aclarar. De ahí que sea importante la intervención de los testigos, bien sea aquellos que conocen porque estuvieron presentes en los acontecimientos, bien quienes lo oyeron de labios de aquel que lo vio, bien quienes repiten lo que “se dice”, distinciones que son fundamentales para muchos pueblos indígenas que diferencian al hablar los distintos grados de certeza y veracidad de los testimonios, niveles de validez que se derivan de la diversidad de circunstancias mediante las cuales se obtuvo el conocimiento.

En este interactuar, los conocimientos de cada uno se confrontan entre sí para, finalmente, convertirse en un conocimiento colectivo, socializado, de todos los participantes en la discusión sobre el mapa. Es la misma manera de proceder en las reuniones de discusión, que he analizado en otros escritos (ver bibliografía).

Bonilla y Findji (1986: 18) constatan que los indios se apoyan “en lo que ven para relatar, recordar y pensar”. La gente tiene que “constatar que ‘así es’. Si no reconoce en su propia experiencia o en su propia memoria que así es o así fue, necesita de la PALABRA DADA por un testigo para conocer”. De este modo, los testigos realimentan la memoria colectiva. “No se puede entrar interpretando, primero hay que ver”.

Esta realimentación por vía de los testigos no se refiere, por supuesto, únicamente a aquello que tiene que ver con los hechos del pasado, sino también, y a veces sobre todo, con aquellos de la situación presente que se requiere transformar. Esto en virtud de la estrecha e indisoluble unión entre unos y otros, entre pasado y presente, que implica siempre una buena medida de continuidad, de permanencia.

Cuando mediante la discusión y confrontación entre la historia oral y la presente se encuentra la conexión entre ambas, el hilo que conduce de la una a la otra y viceversa, la vía del conocimiento está abierta y lleva directamente a la comprensión, al conocimiento de las determinaciones esenciales de los problemas actuales y, por ende, a las acciones que pueden derivar en su solución. No se puede, pues, conocer sin “recordar”, pero tampoco sin “ver”.

Se hace indispensable recalcar que este ver tiene en muchas sociedades indias, una doble connotación; por un lado se trata de ver con los ojos aquellos hechos del presente inmediato o cercano, cuando abarca la duración de la vida de los testigos; por el otro, los sueños permiten ver con “otros” ojos acontecimientos que ocurrieron en un tiempo más remoto y que por lo tanto ninguna persona de hoy puede haber visto con sus ojos sensibles de la experiencia cotidiana. Igual sucede con otros procedimientos para “ver”, que son más especializados y que corresponden a la actividad de algún tipo de sabio propio. En los últimos dos casos, el “ver” resulta ser claramente una forma específica de memoria que tiene primordial importancia para el conocimiento.

Ya se ha hablado de que los mapas parlantes no son meramente instrumentos descriptivos, sino resultados de procesos cognitivos, de conocimiento, que tienen como uno de sus fundamentos la concepción indígena de que la historia está impresa, contenida en el territorio y que puede leerse en él; otra de sus bases se refiere a la forma específica como tienen lugar los procesos de abstracción entre estas poblaciones, que lleva a que sus resultados se expresen en lo que, mucho más tarde, he llamado cosas-conceptos, que es posible encontrar y recoger en la relación estrecha con la vida de las comunidades. Peculiaridad que ha llevado a que muchos intelectuales de la academia afirmen que los indios no tienen pensamiento abstracto sino concreto, derivado del ensayo y el error, y a que consideren que las “historias tradicionales” y los “mitos” no son expresiones de los resultados abstractos de los procesos de conocimiento indígena, sino meras materias primas, que tales intelectuales tienen que interpretar para que tengan alguna utilidad.

HISTORIA POLÍTICA DE LOS PAECES

El proceso global se concretó en murales, que se realizaron mediante discusiones con grupos de paeces de diversas zonas. De estas discusiones surgieron los mapas y mediante ellas se fueron desarrollando. Fue así como, sobre esta base, se desarrolló la metodología de los “mapas parlantes”, herramienta pedagógico-organizativa para “acompañar un proceso de reafirmación social y cultural que se apoya en una reactivación de la memoria colectiva, una recuperación histórica”, cuyo resultado entre los paeces fueron siete grandes dibujos murales que recogen períodos claves de la historia de esta nacionalidad indígena desde la llegada de los

conquistadores españoles, y muestran las transformaciones ocurridas en su vida, su territorio, su economía, la organización de su sociedad, sus creencias, etc.

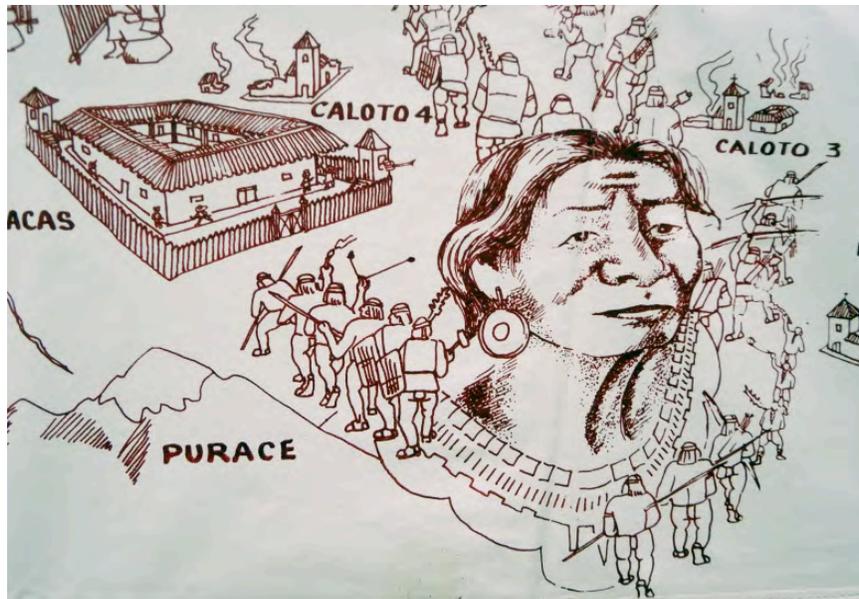
Después de discutir en forma amplia con los paeces y sus mayores y dirigentes cada uno de los contenidos de la cartilla, se determinó cuáles eran las escenas que podían mostrarlos y explicarlos de la mejor manera, para pasar, luego, a dibujar cada una de ellas. El proceso de dibujo implicó también una amplia discusión e investigación sobre los detalles de cada una de las figuras, para luego realizar su borrador, el cual se llevó de nuevo a discusiones con los paeces y a nuevas investigaciones, para así ir las modificando y mejorando. Nuevas consultas y discusiones tuvieron lugar en el momento de definir la correlación de las diferentes escenas en el conjunto de la composición de cada mural.

También se buscó resolver el problema de conservar los mapas en condiciones de permanente movilidad y de frecuente utilización a la intemperie; numerosos ensayos llevaron a reproducirlos con screen sobre tela encauchada o hule, que es impermeable, lo cual implicó desarrollar las técnicas del screen, para permitir la introducción de dibujos de trazo fino. Y, para guardarlos y transportarlos, se optó por hacerlo en tubos de PVC, con tapa roscada. No es vano recordar, para mostrar el “clima” en el que se trabajaba, que la policía y el ejército detuvieron y requisaron en muchas ocasiones a quienes llevaban los mapas, en la creencia de que se trataba de armas para la guerrilla.

En versiones más recientes de “La guerras de liberación indígena”, además de las distintas campañas de las guerras libradas por los indios contra los españoles, aparecen los luchadores pijaos y paeces, encabezados por sus caciques respectivos, Calarcá y la Gaitana. Popayán, el Nevado del Huila y los ríos Cauca y Magdalena sitúan territorialmente el escenario en que se libraron estas batallas.



Es de anotar que por esta época se presentaba por la televisión colombiana un seriado que pretendía mostrar las luchas de la Gaitana, cuyo papel era desempeñado por una de las más populares, jóvenes y agraciadas actrices colombianas. En el momento de mostrarla en el mapa, los paeces plantearon que tenía que ser una mayora, pues de otra manera no hubiera podido ser cacica, debido a su falta de edad y de la experiencia que viene con ella. Finalmente, el dibujo se elaboró a partir de fotografías de mayoras, que habían sido tomadas en distintos momentos durante la relación con las comunidades.



Al contrario de lo que ocurrió con la imagen de la cacica, la del cacique Calarcá se trabajó sobre la base de la figura que aparecía en las monedas de 10 centavos que circulaban en Colombia en esa época, ante la carencia de otras fuentes más confiables.



La población de Caloto aparece seis veces en este mapa, pero en distintas ubicaciones, recurso que se empleó para poder mostrar cómo, durante el período de las guerras de liberación, esta ciudad fue atacada y destruida en cinco ocasiones por los guerreros paeces, antes de alcanzar estabilidad en su lugar de ubicación actual:



Una escena importante, ubicada en la parte superior izquierda del mural, presenta en secuencia tres momentos que llevaron a la guerra: la llegada de los españoles con la cruz y la espada, su brutalidad con los aborígenes para arrancarles sus riquezas, en especial el oro, y la lucha de estos.



Uno de los primeros mapas que se elaboró, luego de los dos de las cartillas, fue “Cuando nace Colombia”, entre otras razones porque una parte fundamental de la historia de ese nacimiento transcurre en los ámbitos del departamento de Cauca, llamado el gran Cauca o el Cauca grande porque en ese entonces abarcaba la mitad sur de nuestro país. Circunstancia que marcó la estructura misma del sistema de relaciones económicas, sociales, políticas y culturales en cuyo contexto se desarrolla la lucha indígena a partir de los años de los 70s del siglo pasado.



En ese entonces, dado que entre los paeces no existía quién se hiciera cargo de los dibujos, dos solidarios, dibujantes de la Universidad del Valle, graficaron las primeras escenas. Al comienzo, ellos no tenían contacto directo con los indígenas, por lo cual no estaban familiarizados con el paisaje ni con la “geografía” de la región ni, tampoco, con sus rasgos físicos, en especial con los rostros, motivo que llevó a que inicialmente no asumieran la responsabilidad de mostrarlos; de ahí que la mayoría de los personajes de la primera versión del mapa “Cuando nace Colombia” no tuvieran bien definidos los rasgos de la cara.

Posteriormente, se vio la necesidad apremiante de que se acercaran directamente a los indígenas y dejaran de dibujarlos y de dibujar las escenas a través de “intermediarios” (los solidarios que estaban en el campo), que llevaban razones, opiniones y discusiones entre uno y otro grupo, cosa que solucionó el problema para los mapas sucesivos y para las versiones posteriores de “Cuando nace Colombia”, como puede verse si se comparan esta primera versión con la última, ya coloreada.



La composición de este mapa, la de un río que avanza ondulante, introduce el concepto de crecimiento. Al mismo tiempo, aparece claramente la imbricación del trabajo indígena con el crecimiento de la sociedad colombiana en la región, trabajo que se caracteriza por ser compulsivo, forzado bajo la constricción de las armas y con castigos como los azotes y el cepo:



Entre las finalidades de este trabajo sobresale una actividad que es clave, la tala de los bosques con el propósito de despejar el terreno para las haciendas agrícolas o ganaderas, actividad que fue finalmente lograda y dirigida gracias a la intervención de los misioneros católicos, como lo reconoce en su libro el padre David González, quien fue misionero en la región.

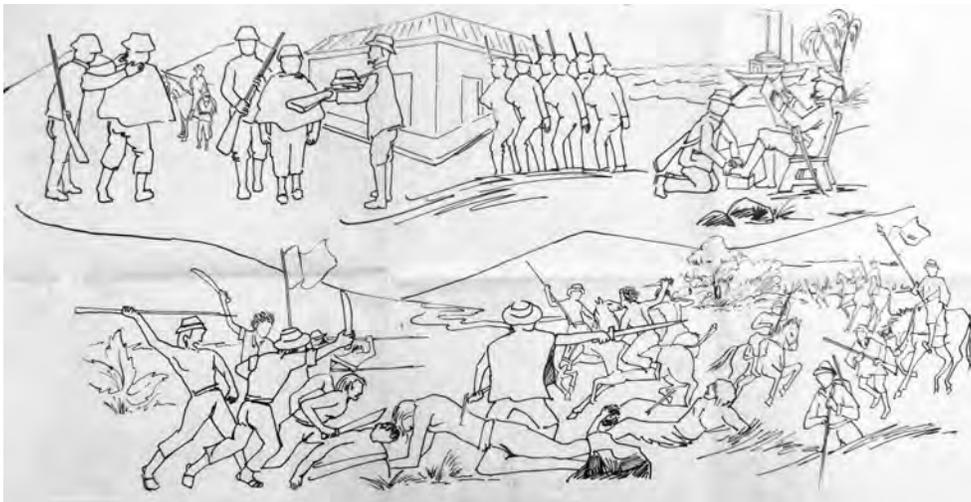


En algunas zonas del Cauca y en esa época, los paeces no habían podido ser sometidos y vivían todavía bajo la autoridad propia y manteniendo muchas actividades tradicionales, como el trabajo colectivo, minga, que culmina con una celebración, en donde la comida común, la música, el baile y la bebida son los principales protagonistas de “la fiesta”:



El nacimiento de Colombia tiene lugar en medio de continuas guerras civiles, que cubren todo el siglo XIX, y con las cuales las clases dominantes de las distintas regiones buscan definir cuál proyecto de país va a predominar sobre los demás en la conformación del estado nacional. El Cauca es uno de los principales escenarios de varias de estas guerras y para ellas se recluta a los indios de distintas comunidades, muchas veces para que se enfrenten a otros ejércitos también conformados por indios:

Entre los reclutados para la mayor de estas guerras, llamada por ello “De los Mil Días”, estuvo el paez Manuel Quintín Lame, quién años más tarde encabezaría a los suyos en un levantamiento armado contra el régimen de terraje en las haciendas y la dominación de los blancos; Lame fue llevado a Panamá por el general Carlos Albán en calidad de ordenanza suyo y estuvo allí durante siete meses hasta que cayó enfermo a causa del clima, razón por la cual lo devolvieron a su tierra; es muy posible que en Panamá Quintín Lame hubiera conocido la lucha guerrillera de Victoriano Lorenzo, un indígena guaymí, cuyo accionar fue clave para la victoria de los ejércitos liberales sobre los conservadores en el istmo. En la esquina superior derecha se ve a Quintín arrodillado mientras lustra las botas del general:



La concepción de la existencia de un país indígena y de sus transformaciones en la región se privilegió con la hechura de tres mapas, que permitían comparar tres momentos claves en la historia indígena del Cauca: a) la vida aborígen a la llegada de los conquistadores españoles, que venían desde el sur, en 1535, b) la instauración del sistema colonial, y c) los años 70s del siglo XX, época en que se libraban las luchas y se trabajaron los mapas.

El primero de ellos se titula “Así era nuestra tierra”. Y deja ver la vida nativa en su gran complejidad en el territorio que luego sería el Cauca, recalcando la idea de que tanto paeces como guambianos eran sociedades que tenían todo completo: economía (tanto producción, como distribución y procesos de intercambio y consumo), poblamiento, organización social y política, infraestructura, creencias, diversos tratamientos para las enfermedades y diferentes formas de enterramiento, etc., etc.; así como una extensa red de comunicaciones constituida por caminos y ríos, y que las huellas de pisadas hacen ver. Es de anotar que la sola visión del mapa permite apreciar que prácticamente no había ninguna porción del territorio que no estuviera utilizada de alguna forma por sus pobladores.

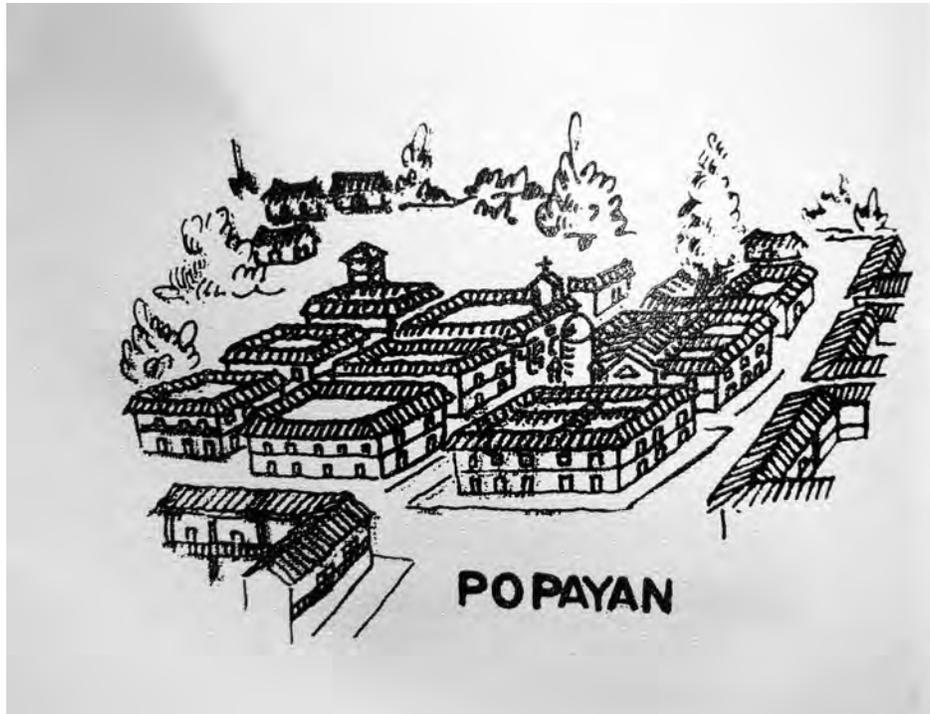


En él pueden verse numerosas escenas, algunas de las cuales son referentes socio espaciales de primordial importancia. Uno de tales referentes, resaltado en el lado izquierdo de la composición, es la ciudad de Popayán

que, según los historiadores colombianos, habría sido fundada por los españoles, pero que ya existía con el nombre de Pupayán cuando estos llegaron, al mando de Pedro de Añasco y de Juan Ampudia, “dejando un rastro de pavesas y de sangre”, tal como lo exponen los cronistas que los acompañaban (Lucas Fernández de Piedrahita y Pedro Cieza de León), y era la sede de los caciques principales; en ella se encontraban depósitos de alimentos, que se distribuían entre la población en las épocas de escasez, acueductos, producción de tejidos y otros productos, sitios de intercambio, la gran casa central y sede del cacicazgo, una pirámide artificial levantada con bloques de tierra cocidos al sol, etc. La paja y el barro constituían el elemento arquitectónico fundamental.



Podemos comparar esta imagen de la ciudad india con la imagen de la misma ciudad en 1700, tal como aparece en el mapa “El país paez”, siendo ya esta una ciudad española, construida sobre las ruinas de la ciudad india, que fue arrasada por los conquistadores durante la guerra de sometimiento.



La época histórica que corresponde al contenido general del mapa “Así era nuestra tierra” está definida por la escena de la llegada de los españoles al Valle de Pubenza, lugar en donde estaba situada la ciudad, con sus curas llevando la cruz y una multitud de yanaconas, indios traídos desde las tierras del sur del Perú y del Ecuador para cargar los pertrechos y alimentos y, algunos, también como combatientes:



Escenas importantes de este mural muestran actividades económicas de diversa índole que tenían que ver con diferentes sitios del extenso territorio, magnitud que dio al mapa sus dimensiones de 1.50 por 1.50 metros. Como esta escena, que deja ver los intercambios que se daban con

sociedades aborígenes ubicadas hacia el norte, como los muisca de la Sabana de Bogotá, de los cuales se obtenían sal y mantas:



O esta otra en la que aparecen actividades de extracción de minerales, cultivo de algodón y su tejido, y elaboración de canastos. Las huellas de pasos señalan relaciones entre regiones y sus distintas actividades y, por tanto, movimientos de la población y lazos que permitieron la conformación de una sociedad y una economía globales.



También podemos ver las actividades de los sabios tradicionales paeces, los *the'wala*, tanto en los procesos curativos de las personas como en el refrescamiento de las varas de mando de las autoridades en las lagunas de las montañas:



Igualmente tienen un lugar en el mapa los trabajos para la despedida y sepultura de los muertos, la cual se hacía en tumbas de pozo con cámara lateral y gran elaboración, como las que se encuentran en las lomas de Segovia y otras montañas circundantes a San Andrés de Pisimbalá, en Tierradentro:



El gran río de la Magdalena, *Yuma* como era llamado por los aborígenes, tuvo gran importancia para ellos por distintos motivos: pesca, navegación y vía de comunicación para los intercambios con otras sociedades, por eso había grupos que residían en sus riveras y que intercambiaban con aquellos asentados en la cordillera; cabe recordar que el Magdalena es el río más largo del país y recorre su territorio de norte a sur, por lo cual jugó un papel clave en la época anterior a la conquista y también durante esta, pues por él ingresaron los españoles tierra adentro en el continente e igualmente les sirvió de vía de comunicación y apoyo entre las nuevas poblaciones que aparecían en el interior y aquellas fundadas antes en la costa atlántica.



El segundo mapa es “Bajo la dominación extranjera”, otro gran mural de 1.50 por 1.50 mts., que muestra los cambios drásticos que fueron introducidos por la conquista en la misma región, y deja ver lo que constituyó la vida de los paeces bajo el régimen colonial que, incluso, por esta época había introducido ya la esclavitud de los negros, ante la paulatina desaparición de la población indígena sometida, tanto para las labores de minería como para la agricultura que tenía que sustentarlos a todos.

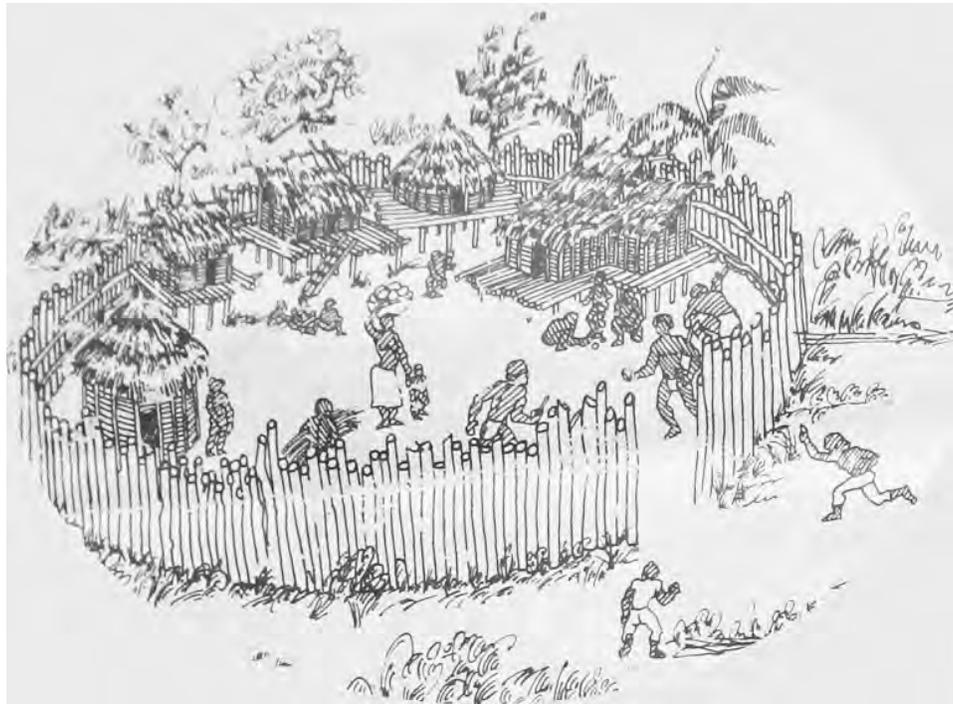


Como actividades esenciales del régimen colonial y en las cuales descansaba su economía, además del saqueo que era cada vez menos productivo, se destacan las haciendas y la minería; la agricultura era realizada con el trabajo de los indios y, en menor medida, de los negros; y la minería, sobre

todo con mano obra negra esclava. La producción agrícola alimentaba al conjunto de la población: india, negra y blanca; las fuentes de la riqueza en este periodo venían, sobre todo, de la exacción directa del trabajo de los esclavos, o bien derivadas de instituciones como el tributo y la mita para los indios.



Sin embargo, con mucha frecuencia los esclavos se fugaban para recobrar su libertad, conformando asentamientos, denominados palenques, en zonas de difícil acceso y desde donde atacaban a las tropas coloniales y a las caravanas de comerciantes, además de desarrollar algunos cultivos y otras actividades limitadas de subsistencia. Los españoles libraron una guerra constante por dominar los palenques y recapturar a los esclavos fugitivos, pero algunos palenques sobreviven en la actualidad.



Otra forma importante que asume la dominación es la de los pueblos de indios, fundados por los españoles y a los que se pretende reducir a los indios para facilitar su adoctrinamiento y para que estén a disposición cuando se precise su trabajo, y para facilitar su adoctrinamiento en la religión católica:



MIENTRAS CRECE COLOMBIA

El tercero y más grande de los murales, “Mientras crece Colombia (1920-1970)”, de 1.35 por 2.20 mts. muestra comparativamente lo que ocurre

durante esos 50 años del siglo XX, tanto en el Cauca como en el resto de Colombia.



En la composición general, escenas dibujadas en color verde ascienden por el lado izquierdo, partiendo de Popayán, a donde llegó el ferrocarril en 1926. Numerosos indígenas guambianos y paeces fueron enganchados para su construcción. Pese a este indicio de modernización, la ciudad seguía inmersa en su sueño colonial, basado en la explotación servil de los indios y con una economía básicamente artesanal.



En 1928 ocurre en el departamento del Magdalena, en la costa norte, la masacre de las bananeras, en la cual fueron asesinados por el ejército, por órdenes del gobierno conservador para preservar al capital norteamericano, más de 3.000 trabajadores de la empresa bananera Chiquita Brands que estaban en huelga. Los obreros se encontraban reunidos en el parque principal de la ciudad de Ciénaga, departamento del Magdalena, y allí fueron ametrallados por los soldados; los fugitivos fueron perseguidos y muertos por toda la zona durante varios días. Esta masacre estremeció a todo el país.



La clase obrera, que ha venido creciendo durante todo este período, se organizó en 1935 en la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), con la participación principalmente de los liberales más cercanos a la izquierda, de los socialistas, de los comunistas y otros sectores. En su congreso fundacional, Manuel Quintín Lame fue uno de los integrantes de la mesa directiva que lo presidió, recibiendo así el reconocimiento de los trabajadores colombianos a las luchas dirigidas por él. Por supuesto, desde los años 20 habían existido diversas organizaciones de los trabajadores, pero la base de estas había estado fundamentalmente entre los artesanos de distintas regiones del país.



La composición del mural avanza territorialmente hacia el norte hasta llegar a la ciudad de Cali, que enlazaba al Cauca directamente con el puerto de Buenaventura, en el Pacífico. Y que, al mismo tiempo, le iba arrebatando su papel de centro económico y político de la región del suroccidente, con el crecimiento de una producción de tipo industrial en los cañaverales y los ingenios azucareros.



La organización de los trabajadores y el crecimiento de su fuerza llevaron al lanzamiento de grandes huelgas que, o pusieron en jaque a los gobiernos que seguían una política antisindical y reformista, o realizaban alianzas con aquellos proclives al sindicalismo, como ocurrió durante los dos gobiernos del liberal Alfonso López Pumarejo. Este auge del sindicalismo combativo llegó hasta el lanzamiento de la huelga de los trabajadores del río Magdalena, agrupados en FEDENAL, en 1945. La huelga fue enfrentada por el gobierno liberal de Alberto Lleras con la consigna “No puede haber dos poderes en Colombia: uno en el río Magdalena y otro en Bogotá”, la declaratoria de ilegalidad de la misma y su rompimiento con intervención del ejército y la contratación de esquiroles, llevó a la derrota de los trabajadores y a su despido sin ninguna clase de prestaciones, produciéndose así un enorme debilitamiento de los sectores más luchadores del proletariado y de sus organizaciones.



La violencia desatada por la derecha contra los trabajadores y contra los liberales sirvió de marco para que, en 1946, el partido conservador y la iglesia católica se unieran para crear una nueva central, la Unión de Trabajadores de Colombia, UTC, de carácter clerical y derechista, mientras el sindicalismo liberal y de izquierda permanecía ilegalizado y en la clandestinidad.



En la esquina superior izquierda, la composición del mural alcanza un acontecimiento que constituyó un punto de quiebre en la historia moderna del país, el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y el levantamiento popular que lo siguió, el llamado “bogotazo”, aunque también se dio en otras regiones, como en Barrancabermeja, en donde se instauró durante varios días un gobierno popular.



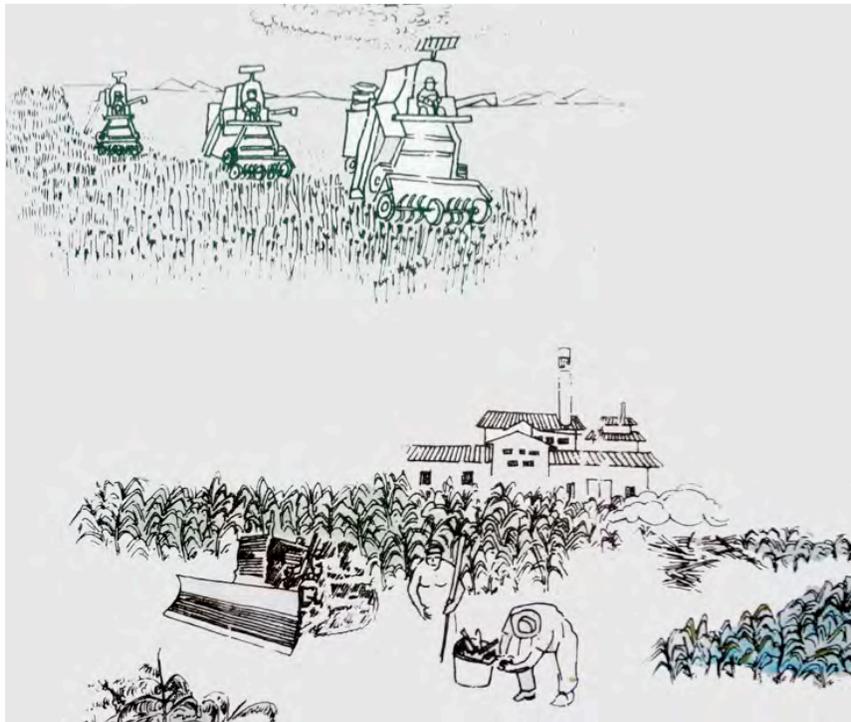
Cinco años después del “bogotazo” y la muerte de Gaitán, un golpe militar encabezado por el general conservador Gustavo Rojas Pinilla, derrocó el gobierno del también conservador Laureano Gómez, con el beneplácito del partido liberal, de la fracción ospinista del conservatismo y del alto clero, incluyendo al nuncio papal; su consigna fue la pacificación del país y, efectivamente, después de varios meses, se logró la desmovilización de las guerrilla liberales, que entregaron sus armas, solo para que sus principales líderes fueran asesinados poco tiempo después.



La composición avanza luego por el borde superior hasta alcanzar el lado derecho del mural, con escenas que muestran el ingreso de la Colombia urbana en la “era moderna”: televisión, satélites, etc. La presencia de la actividad del cura guerrillero Camilo Torres fue un hecho de importancia en este periodo. Así como lo fueron también la creación del INCORA, Instituto Colombiano de Reforma Agraria, y de la Oficina de Asuntos Indígenas del Ministerio de Gobierno, que tenían que ver con el país rural y, por tanto, con los indios. La irrupción de la contracultura del hipismo en contra de las formas de vida y pensamiento más tradicionales, tuvo un lugar importante en estos años.



Aspecto fundamental para el crecimiento de Colombia en el siglo XX fue la mecanización de la agricultura en algunas regiones claves para el país y su avance por el camino capitalista de la industrialización y la proletarización, con la expulsión de una gran masa de mano de obra campesina, que se volcó sobre las ciudades.



A esta expulsión del campesinado contribuyó de manera decisiva la violencia liberal-conservadora, desbordada especialmente en el campo, a raíz de la disputa entre los dos partidos tradicionales por acceder al gobierno, el asesinato de Gaitán también constituyó un factor de peso en esta agudización de la violencia.

En el Cauca, la violencia contra los indios, que no les daba tregua, continuó su avance con frecuentes y sucesivas masacres y con el asesinato de sus dirigentes y autoridades tradicionales. Mientras tanto, el clero y las autoridades civiles y militares ponían en marcha un proceso de conservatización de los paeces, quienes se habían distinguido por su posición al lado del partido liberal. Los sobrevivientes de las matanzas eran llevados ante el obispo y obligados a renegar de su afiliación liberal y adoptar la conservadora, bajo pena de excomunión y de muerte. Se cuenta que el obispo de Tierradentro pagaba por cada liberal asesinado y en prueba de su muerte exigía que le llevaran las orejas de las víctimas.



Otros no tuvieron esa “suerte” y fueron asesinados y descuartizados directamente por las tropas, la policía chulavita (un grupo armado que existió durante los primeros años de la Violencia en Colombia, conformado por campesinos conservadores procedentes de la vereda "Chulavita" del municipio de Boavita en el departamento de Boyacá, reclutados por la

policía para defender el gobierno conservador durante “el bogotazo” y que extendió su acción violenta en los años que siguieron), y los “pájaros”, asesinos a sueldo de conservadores y terratenientes:



Los fusilamientos sin juicio previo constituyeron otra de las formas que revistió la violencia contra los indios y los campesinos caucanos, al ser calificados oficialmente como guerrilleros o bandoleros:



Tristemente célebre por su alevosía fue el asesinato de los miembros del cabildo Indígena de San José, caídos en una emboscada de las tropas, con el beneplácito del obispo de Tierradentro:



A veces, por su gran cantidad, las volquetas de los municipios recogían los cadáveres para luego arrojarlos a los ríos, con el fin de hacerlos desaparecer. Uno de los sitios “famosos” para esta forma de eliminación de las pruebas de los crímenes fue el puente de Cohetando, sobre el río Páez, a pocos kilómetros de la cabecera municipal de Belalcázar:



Entre tanto, las monjas misioneras continuaron su labor de adoctrinamiento de los niños indios para “civilizarlos” en las doctrinas de la iglesia y en el trabajo forzado, mientras sus padres contribuían obligatoriamente a su sostenimiento en los internados entregando parte de sus menguadas cosechas:



Por esta razón, los establecimientos regentados por monjas y curas se convirtieron en blancos de quienes luchaban por sobrevivir, como ocurrió durante la toma de Inzá por la guerrilla:



Desde los años 30 y 40 del siglo pasado, los miembros del Partido Comunista desplegaron con intensidad su trabajo entre los indios, aprovechando el vacío que dejó el traslado de Quintín Lame al Tolima:



En estas actividades tuvo mucha importancia la participación de José Gonzalo Sánchez, quien había sido secretario de Quintín Lame y que, reclutado por el partido, viajó a la Unión Soviética y regresó luego a trabajar en el Cauca. Conscientes de su ascendiente entre los paeces, después de perseguir su muerte durante largo tiempo, sus enemigos lograron envenenarlo:



Al mismo tiempo, durante el primer gobierno del Frente Nacional, alianza antipopular de los partidos tradicionales liberal y conservador para

repartirse el poder durante 16 años, fue atacada por tierra y aire la región de Marquetalia, en la Cordillera Central y colindante con Tierradentro, en donde se habían establecido campesinos e indígenas liberales y comunistas, que se desmovilizaron pero no entregaron las armas en el gobierno de Rojas, empleándolas para su autodefensa. Los desplazados de Marquetalia fueron a refugiarse, luego de atravesar todo el centro del país, en las selvas de la Cordillera Oriental, en donde constituyeron una de las bases esenciales para la posterior conformación de las FARC.



La Quintinada

Un periodo de importancia clave en la historia reciente de los paeces es “La Quintinada”, dos décadas de comienzos del siglo XX durante las cuales paeces, guambianos y otros indios del Cauca se levantaron en armas contra las haciendas y el terraje bajo la dirección de Manuel Quintín Lame. Movimiento que Quintín veía como una verdadera guerra de liberación que vendría a liberarlos de la explotación y opresión del terraje; “una columna formada por indígenas se levantará el día de mañana para reivindicar sus

intereses de su lucha. Decía que “los conservadores nos han oprimido de una manera ordinaria, pero los liberales lo han hecho de una manera extraordinaria”. Pero fue traicionado por unos y otros, así como por indígenas copartidarios de ambos.



El caracol está conformado por un conjunto de escenas que se suceden en el tiempo y narran la gesta del levantamiento de Lame, historia bastante conocida por los indios del Cauca, que veían en ella el antecedente de las luchas que se libraban en los 70 y 80, hasta el punto que sus reivindicaciones de aquel entonces vinieron a constituir el eje medular del programa de lucha del CRIC. El punto inicial o centro del movimiento es el trabajo del terraje en la hacienda:



Para continuar desarrollándose con la actividad política de Lame, quien recorrió resguardos y haciendas para reunirse con grupos de terrajeros y autoridades de los cabildos para hacerles ver que esas tierras les pertenecían:



Todavía los indios de hoy recuerdan que, a veces, Lame llegaba en la noche, después de burlar el asedio de sus perseguidores, clandestinamente, para participar en una reunión o visitar algunas casas, y partía de nuevo antes que llegaran las primeras luces del día:



Fue así como logró movilizar a mucha gente tanto de los resguardos como de las haciendas, con las cuales recorría toda la región liberando a los terrajeros y, en ocasiones, incendiando las casas de las haciendas en donde había mayor represión, explotación y mal trato para los indios. Incluso logró levantar suficientes combatientes para atreverse a amenazar y tomar poblaciones principales, pese a que estas estaban defendidas por la policía, como ocurrió con Inzá:



Sus victorias alarmaban cada vez más a los terratenientes, curas y politiqueros, hasta el punto que destacaron tropas del ejército para que se adentraran en las montañas de Tierradentro, buscándolo, pero Lame siempre se les escurría de entre las manos:



Sin embargo, en ocasiones se producían enfrentamientos armados entre los lamistas y las tropas del ejército, reforzadas ocasionalmente con indios liberales, movilizados por los dirigentes de ese partido:



Las grandes haciendas fueron otro de los objetivos de los indios comandados por Manuel Quintín; estas eran incendiadas y confiscados los productos almacenados, los cuales eran consumidos, a veces, en los propios terrenos de la hacienda en grandes fiestas a las que eran invitados los pobladores cercanos. Lame aprovechaba para hablarles e incorporararlos a su ejército:



Finalmente, Lame fue denunciado por el gobernador indígena de Julumito, y fue detenido en Cohetando, Tierradentro, y llevado a la cárcel en Popayán:



Miembros de las “mejores” familias de esta ciudad acudieron al puente del Humilladero a insultarlo, escupirlo y vituperarlo, seguramente para desquitarse por el pánico que sintieron cuando corrió la noticia (que resultó falsa) de que se dirigía a tomar la capital del Cauca a la cabeza de un ejército de indios armados:



En el juicio, Lame se defendió a sí mismo ante los jueces, recusándolos y afirmando que “las leyes son el fundamento de la injusticia, y los jueces, tribunales, abogados y todo el aparato legal estaban a favor de los terratenientes y en contra de los indios”. Su intervención se extendió durante 15 días consecutivos, en ella reivindicó los principios del derecho indígena a ser dueños de la tierra, a tener su propia autoridad y a vivir con autonomía. Condenado por el jurado a más de cuatro años de prisión, fue liberado en agosto de 1921 y se trasladó al departamento del Tolima, en donde continuó luchando hasta su muerte.



LA METODOLOGÍA DE LOS MAPAS PARLANTES EN LA ACTUALIDAD

Cuando, años después, en 1985, se inició en Guambía el trabajo de recuperación de la historia, la metodología inicial que se propuso y con la cual se iniciaron las actividades, fue la de los “mapas parlantes”; luego de las discusiones iniciales, se fijaron dos aspectos fundamentales para trabajar en ese momento: las creencias propias y la guerra, en especial esta última que había sido llevada inconsultamente al territorio guambiano por el Ejército Nacional y la guerrilla del M-19, incidiendo de una manera muy negativa en la vida guambiana. Se fueron trabajando varios borradores para conformar las primeras escenas. Por ejemplo, la venida de los caciques del

agua, cuyos principales protagonistas son los *pishao* o niños y niñas venidos con el agua:



Y el *cuchi*, el ser que viene empujando todo lo que arrastra el río delante de la creciente, la palizada producida por el derrumbe que se lleva tierra, árboles, rocas, etc., según relata la historia propia en la palabra de los mayores:

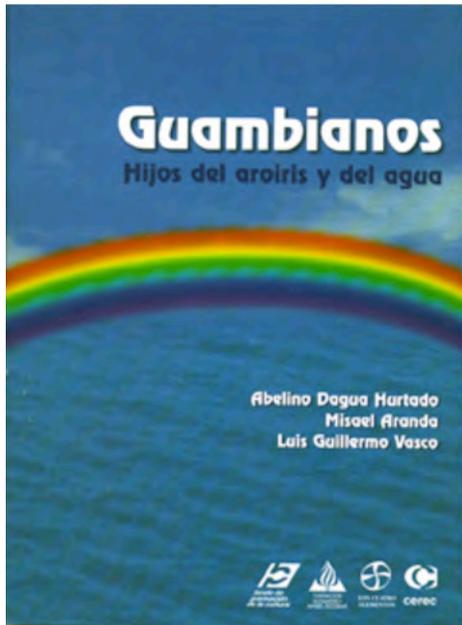


Sobre la base del desarrollo de los borradores anteriores y de otros, todos los cuales, en este caso, fueron realizados por los propios guambianos, se

trabajó la escena en la cual los antiguos rescatan a uno de los niños nacidos de la tierra y de las aguas, que vienen (uno por vez) adelante con el agua de la riada, enlazándolos para sacarlos del río y criarlos, pues estos niños y niñas serán después caciques o cacicas y entregarán a los guambianos toda su cultura, realizada en oro:



Sin embargo, tras seis meses de trabajo, el nuevo Cabildo indígena de Guambía ordenó suspender tanto la orientación como la metodología con las que se venían realizando las actividades, por considerar que no eran convenientes en el momento político que vivía la comunidad. De este modo, la investigación se dirigió hacia las escuelas, y no al conjunto de la comunidad, y a la escritura, y no a los mapas parlantes, como nuevos ejes básicos. Y escritos fueron sus productos.

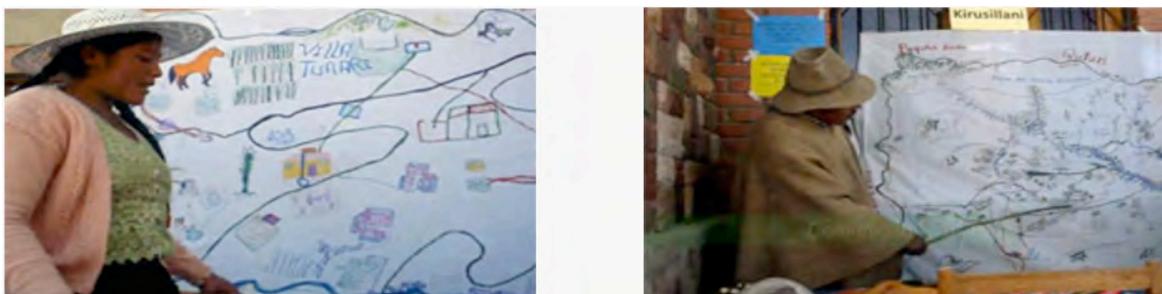


En años recientes se ha vuelto costumbre denominar investigación-acción-participativa y mapas parlantes a toda forma de trabajo que se hace obteniendo información de la comunidad a través de talleres de distinta índole, en los cuales la gente participa con la realización de dibujos para consignar sus conocimientos, saber que luego es “traducido” a mecanismos mucho más académicos. Por lo general, al menos así se ha dado en Colombia, Perú y Bolivia con la actividad conducida por distintas ONGs; estos dibujos han sido elementos a partir de los cuales dichas fundaciones organizan su trabajo y planifican sus actividades. Cosa muy diferente de aquella que en su momento constituyó la metodología de los mapas parlantes.

Ya los miembros de La Rosca habían planteado la posibilidad de que la investigación-acción-participante fuera recuperada por el sistema, por los gobiernos y por las academias para sus propios fines, muy generalmente contrarios a los de los sectores populares. Es claro que el potencial y el papel de las mencionadas formas de trabajo popular radica en su inserción en la organización y la lucha de estos sectores. Es decir, que se trata de una metodología y unos instrumentos que salen de la lucha popular, que se crean y desarrollan desde ella y que a ella sirven. Y que, por tanto, son

importantes en el posicionamiento de tales sectores como sujetos históricos y políticos.

En Bolivia, los mapas parlantes se emplean para ubicar el conocimiento de los recursos naturales sobre un espacio territorial dado, generalmente al nivel de veredas o pequeñas comunidades, mapas que luego son explicados a otras comunidades, en los "concursos" que se realizan para tal efecto, como en estos casos:



Al contrario, el contexto de los mapas parlantes es, pues, el de la lucha de clases en Colombia y, en particular, la participación del indio en ella; el de las discusiones sobre el papel de la academia, bien en denunciar, bien en ocultar o disimular las contradicciones de clase; el del papel histórico de las comunidades, no como reproductoras de mandatos externos (gobiernos, ONG's y otros actores), sino como protagonistas de la historia; en ese contexto, los mapas parlantes tienen un papel como instrumentos de lucha como educadores y movilizadores políticos, es decir, como herramientas para abrir la conciencia de las masas indígenas y potenciar su fuerza para la lucha, para permitirles analizar, comprender y realizar acciones para la solución de los problemas vinculados con ella.

Hacer lo contrario constituye una desnaturalización de sus bases esenciales, que se fundan en el *para qué* y *para quiénes* se deben emplear, apegándose al uso formal de algunos elementos de ellas, en especial la participación popular a través de talleres y dibujos. Como resultado, se llega a la tergiversación de conceptos claves, como los de territorio y política y lucha indígena, y en el establecimiento de nuevas formas de control sobre las

comunidades. Además, dando lugar a una fosilización de la metodología, que muere y se paraliza en los dibujos ya terminados.

Véanse estos dos ejemplos del Perú, cuyas imágenes, como las anteriores de Bolivia, son tomadas de las páginas correspondientes en Internet:



Así parece darse también en algunas experiencias del llamado mapeo participativo, por medio del cual se recogen y ubican con exactitud (con el uso del GPS y mapas cartesianos) los conocimientos comunitarios sobre recursos de la biodiversidad, ahora muy apetecidos por las empresas transnacionales, conocimientos que, además, se suele hacer circular por Internet, a disposición e tales empresas.





Al contrario, lo que he planteado sobre la metodología de los mapas parlantes y las concepciones que están en la base de su surgimiento y utilización en las luchas indígenas del suroccidente colombiano, permite prever que esta herramienta tiene amplias posibilidades de jugar un papel importante en las luchas de otros sectores populares, y no solamente las de los indios, que tienen problemáticas semejantes, como las de defender o recuperar sus territorios y recursos, y presentan formas de conocimiento y abstracción similares a las de aquellos. Con su empleo podrían encontrarse nuevas formas de recuperación de la memoria colectiva, para ponerla al servicio de las luchas actuales de esos sectores.

Bibliografía:

Bonilla, Víctor Daniel: "Historia política de los paeces", Cali, 1978.

Bonilla, Víctor Daniel y Findji, María Teresa: "El camino de la investigación acción solidaria: La invención de los mapas parlantes y su utilización como herramienta de educación", Fundación Colombia Nuestra, Cali, 1986, mimeo.

Vasco Uribe, Luis Guillermo: "Experiencias de educación propia en Guambía", en <http://www.luguiva.net/documentos/subIndice.aspx?id=10>

Vasco Uribe, Luis Guillermo: "En busca de una vía metodológica propia: Replanteamiento del trabajo de campo y la escritura etnográficos", en <http://www.luguiva.net/libros/detalle1.aspx?id=271&l=3>